

LOS GUARDIANES DEL BOSQUE

Aquel día, el sol brillaba radiante sobre la aldea. Una suave brisa soplaba y jugaba a atrapar las nubes, que flotaban como grandes bolas de algodón blanco. Junto al acantilado, dos jóvenes descansaban tras la intensa carrera que los había llevado hasta allí, exhaustos. En aquel momento, se hallaban tumbados, contemplando la gran inmensidad que se extendía sobre ellos. El olor a salitre los envolvía y los mecía al compás de las olas, y frescas gotas de agua los salpicaban cada vez que el mar arremetía furioso contra las rocas.

–¿Has visto esas nubes, John?

John miró donde Liah señalaba. Al otro lado del acantilado las nubes formaban cúmulos extraños.

–Parece que se avecina tormenta –dijo.

–¿Estás seguro? –Liah frunció el ceño y se incorporó un poco para ver mejor. Sobre el mar enardecido, y flotando bajo el manto azul celeste del calmado cielo, las blancas y sedosas nubes iban cambiando de forma y de sitio, inducidas por el soplido del viento, hasta adoptar la forma de un cachorro de perro dormido. Después, las nubes volvieron a cambiar, y esta vez adquirieron la forma de una masa informe que se precipitó tras los árboles de un frondoso bosque que crecía más allá, desde cuya linde emergía una silueta grande y oscura. –Yo más bien diría –prosiguió Liah, mirando en esa dirección– que los lobos quieren decirnos algo, y utilizan al viento para transmitir su mensaje.

–¿Y cómo sabes tú eso? –inquirió un intrigado y receloso John.

–Porque ya lo había visto antes.

Liah no sabía cómo podía estar tan segura de ello, pero en ese mismo instante comprendió lo que tenía que hacer. Se levantó de un salto y echó a correr hacia el bosque, a pesar de que hacía ya un rato que aquella silueta había desaparecido. En la lejanía se oyeron los gritos de incertidumbre y temor de su amigo:

–¿Liah? ¡Liah!

Al ver que ella no lo escuchaba, John respiró hondo, se armó de valor y la siguió, acallando los murmullos de protesta de su interior.

A medida que los chicos se acercaban, el bosque se iba haciendo más y más grande. Liah corría por delante, sin resuello; John, diez metros por detrás, notaba acelerarse su corazón mientras recordaba las historias que se contaban acerca de aquel lugar y sus siniestros habitantes. Pero Liah

no se detenía aunque la llamara y él no podía dejarla sola; o tal vez, a aquellas alturas fuera él el que ya no soportara la idea de quedarse solo.

Al fin, en la linde del bosque, Liah se detuvo y John logró alcanzarla. Aunque era mediodía y el sol estaba alto, la penumbra se extendía por aquellos parajes y las sombras se asomaban desde detrás de los troncos de los árboles.

—No te separes —le susurró Liah a John, y comenzó a andar despacio y silenciosamente, internándose en la floresta.

Como se hallaban a finales de junio e iban ligeros de ropa, pronto empezaron a tener frío, ya que hasta allí no conseguían penetrar los ardientes rayos del sol. Siguieron caminando durante diez minutos, tan juntos que sus brazos se tocaban, hasta que una sombra les salió al paso. Sus ojos amarillos brillaban como faros en la oscuridad.

Liah clavó sus ojos en los del lobo y creyó detectar un destello familiar en ellos; eran sabios, serenos y antiguos, y parecían conocer el bosque mejor que nadie. El lobo la miró intensamente; luego dio media vuelta y echó a andar despacio. Liah tiró de un petrificado John y ambos lo siguieron.

Después de un rato, John empezó a pensar que estaban yendo demasiado lejos. Se preguntaba quién en su sano juicio oiría la llamada de un lobo y la seguiría a través del bosque incondicionalmente. Tenía miedo, porque era la clase de chico que daba credibilidad a los cuentos de los ancianos de la aldea. Desde que Liah lo mencionara allá en el acantilado, un terror irracional se había apoderado de su corazón, y, pese a ello, se las había arreglado para permanecer a su lado sin flaquear. El lobo seguía avanzando delante de ellos, aparentemente ajeno al temor que provocaba en el chico, y este anhelaba el momento en que desapareciera y pudieran dar media vuelta y volver a casa. Por el contrario, Liah continuaba expectante, ansiosa por llegar a donde el lobo los conducía.

Los árboles se apartaron poco a poco para dejar paso a un pequeño claro. Entonces, el lobo se detuvo, alzó la cabeza al cielo y aulló.

John se encogió sobre sí mismo y Liah le aferró la mano para infundirle las fuerzas que le fallaban, pero se mantuvo firme y serena, sin perder de vista a su guía un solo instante.

Al momento siguiente, varios pares de ojos se asomaron entre la espesura y, lentamente, empezaron a llegar otros lobos acudiendo a la llamada del que debía de ser el líder de la manada. Se reunieron todos en torno a él y sus dos acompañantes humanos y esperaron.

El lobo se encaró a los chicos al fin; John ya no fue capaz de reprimir el temblor que lo acuciaba, y Liah, por primera vez, evidenciaba una leve muestra de inseguridad.

–Os estábamos esperando –dijo el lobo.

–¡Oye, si lo que querías era comernos, podrías haberlo hecho antes, sin tanta parafernalia! – dejó escapar John, asustado.

Si el lobo se ofendió ante este comentario mordaz, no lo dejó entrever. Por el contrario, hizo una seña a uno de los suyos para que acercara un pequeño bulto que reposaba a sus pies.

–Este cachorro fue abandonado en el bosque hace unos días. Estaba maltrecho y al borde de la muerte; si no hubiera sido por los cuidados de Núa, no habría logrado sobrevivir. Ahora está estable, aunque muy débil. Sin embargo, no debe quedarse aquí, ya que el bosque no es lugar para los perros domésticos: no están preparados para los peligros que este esconde. Lo mejor será que lo llevéis a la aldea y que alguien lo cure y se haga cargo de él.

Núa, la loba que había cuidado al cachorro, lo había cogido por el pellejo del pescuezo y posado ante Liah y John, pero no se había retirado y permanecía en medio del círculo formado por los otros lobos, mirando a la chica. Esta observó atentamente al cachorro y comprobó que estaba en los huesos, malnutrido y malherido. Probablemente dormía porque no tenía fuerzas para mantenerse despierto.

–¿Qué diantre le ha pasado en esa pata? –inquirió John, quien, de pronto se había olvidado del miedo y sentía una profunda angustia hacia el pobre animal.

–Lo atacó un carroñero –contestó el lobo–. Conseguimos rescatarlo a tiempo. Pero necesita los cuidados de la aldea. Nosotros ya no podemos hacer más por él.

John se arrodilló junto al cachorro y le acarició la cabeza con cariño, y un espasmo recorrió el cuerpecillo de la moribunda criatura. Liah estaba horrorizada ante tal atrocidad. Abandonado y lacerado; no comprendía cómo la vida podía deparar aquel destino a un ser tan pequeño e indefenso.

No fue capaz de seguir mirando a aquel cachorro por más tiempo sin derrumbarse, así que apartó la vista y la posó de nuevo sobre los amarillentos ojos del lobo. En ese momento, una pregunta afloró a su mente y se abrió paso a través de sus labios:

–¿Quiénes sois?

Era como si el lobo hubiera estado esperando que le formularan aquella simple cuestión.

–Somos los guardianes del bosque. Habitamos en él desde hace milenios, conocemos sus secretos y lo protegemos de sus depredadores. Sabemos quién entra y quién sale, y nada escapa a nuestro entendimiento. Respetamos a los forasteros que nos respetan, y, si alguna vez requerimos su ayuda, le pedimos al viento que los guíe hasta nosotros.

Aquellas palabras resonaron en algún rincón de su mente, produciendo un eco que se repitió durante unos segundos. Mientras intentaba recordar dónde las había oído antes, y cuándo, Núa, a escasos pasos de ella, no le quitaba los ojos de encima.

–Yo me lo llevaré –dijo John–. Yo lo curaré y cuidaré de él.

El lobo asintió, satisfecho: sabía que podía confiar en él.

Entonces, Núa intervino:

–Tú eres Liah.

Y Liah la miró por fin. Lo había estado evitando durante todo aquel tiempo, pero ahora no le quedaba más remedio que prestarle atención, pese a que intuía que no lograría sostenerle la mirada durante más de cinco segundos. No comprendía cómo aquella loba podía imponer tanto respeto, más incluso que el líder de su manada.

–¿No me recuerdas?

La loba clavó en la chica sus profundos ojos, y a esta le pareció que llegaban hasta lo más hondo de su ser y acariciaban su alma con sus lazos invisibles, como tal vez hicieran en otro tiempo. El corazón de Liah se inundó con una extraña oleada de confusión. Entrecerró los ojos y expresó su inseguridad en voz alta, sin poder contenerse:

–¿Te conozco?

Núa, lejos de molestarse, se mostró comprensiva y decidió que había llegado la hora de que la joven humana conociera la verdad sobre su origen.

–Hace tiempo, tú también fuiste un cachorro perdido en el bosque –dijo.

Al principio, estas palabras no tuvieron sentido para ella, pues aquella era la primera vez que entraba en ese lugar. Sin embargo, poco a poco, de entre las nieblas del olvido afloró el recuerdo y Liah la reconoció.

–Yo te encontré –prosiguió Núa–; te amamanté y te cuidé como a uno de mis lobatos. Cuando te hubiste recuperado del dolor del desamparo, pedí al líder de los guardianes que enviara al viento un mensaje que pudiera llegar a buen puerto. La mujer que ahora vive contigo lo recibió y vino a buscarte, igual que vosotros habéis venido a rescatar a este cachorro de las garras del abandono.

Liah miraba a la loba de hito en hito. Ahora evocaba los rasgos de su protectora, desdibujados por el paso del tiempo, pero lo que no conseguía recordar era el tormento que debió de sufrir perdida y abandonada en un bosque repleto de criaturas salvajes y desconocidas. Supuso que, por su propia supervivencia, lo había olvidado para siempre.

Por su parte, John, al oír el relato, había alzado la cabeza y miraba a su amiga con nuevos ojos, tal vez intuyendo lo que debía de estar sintiendo en aquellos mismos instantes. No obstante, no hizo ningún comentario.

La respiración del cachorro se agitó durante un momento y después volvió a serenarse.

Entonces, Liah comprendió la pureza de las acciones de Núa; comprendió lo valiente y bondadosa que era al socorrer de aquella manera a los desvalidos, y vio lo mucho que le debía a aquella loba: toda una vida llena de felicidad y seres queridos. Su corazón empezó a llorar de toda la emoción y gratitud que fue capaz de abarcar.

–Núa... –logró susurrar entrecortadamente.

Le pareció que una sonrisa se escondía en su rostro lobuno.

–Bien –terció el líder de los guardianes–, ahora ya lo sabes. No era nuestra intención que revivieras los días pasados al internarte de nuevo en el bosque, pero necesitábamos tu ayuda.

–¿La mía? Pero ¿qué puedo hacer yo?

–No es necesario que hagas nada –repuso el lobo–, porque ya lo has hecho. –John y Liah permanecieron en silencio, sin saber qué decir, sin saber qué pensar. El lobo leyó la duda en sus rostros. –Trajiste a tu amigo hasta aquí –explicó.

–Reconociste la señal –apostilló Núa, con ternura.

John volvió a mirar al cachorro. Se asombró al darse cuenta de lo mucho que habían cambiado sus emociones y sus sentimientos en tan poco tiempo, pero ahora había alguien que lo necesitaba y en su corazón no había cabida para el miedo ni la desesperación.

Así que ese era el motivo por el que habían corrido colina abajo hasta el acantilado y se habían parado allí a descansar mientras miraban las nubes. Los lobos sabían desde el principio que no sería Liah la que adoptaría al cachorro, sino John, pero que ella tendría el valor de entrar en el bosque para abrirle el camino a su amigo; ella no tendría miedo porque ya había estado allí antes y sabía que no correría peligro mientras los guardianes anduviesen cerca. Aunque no pudiera recordarlo.

John rodeaba a la pequeña criatura con sus brazos protectores. Liah descubrió en él a su propia madre adoptiva y comprendió muchas cosas, cosas que antes ni siquiera sospechaba.

Los lobos empezaron a marcharse. Ya habían transmitido su mensaje y no les quedaba nada más por hacer allí. Uno a uno, fueron internándose de nuevo entre los árboles.

–Dale recuerdos a tu madre de mi parte –se despidió Núa–, y buena suerte.

Al final solo quedaba el líder, que los acompañó de nuevo hasta el acantilado y después se esfumó como una sombra igual de rápido que había aparecido.

–Bueno, ya estamos aquí –dijo John, ya más tranquilo a pesar de todo.

Los dos, con el cachorro dormido aún en brazos del chico, contemplaron el mar revuelto, que le arrancaba destellos de luz al sol radiante y los retaba con sus fuertes olas, lanzándoles una lluvia fresca y salada que les salpicaba la cara. Una cálida brisa los envolvió, arrebatándoles el frío que la eterna penumbra del bosque había instalado en sus cuerpos y susurrándoles al oído palabras que no alcanzaron a comprender. Se quedaron allí de pie durante un momento, en silencio, para finalmente emprender el camino de vuelta a casa, sabiendo que sus vidas habían dado un giro inesperado y que no volverían a ser los mismos después de conocer a los guardianes del bosque.

Mandrágora